

*Siempre
nos quedará
el verano*

JENNY HAN

*Siempre
nos quedará
el verano*



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *We'll Always Have Summer*

© 2011, Texto: Jenny Han

© 2012, Traducción: Marta Becerril Albornà

© 2013, 2019, Editorial Planeta S. A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en esta presentación en España: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20855-6

Primera edición en formato epub en esta presentación: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6933-7

Primera edición en esta presentación en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6930-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Capítulo uno

Cuando llega la semana de los exámenes finales y llevas estudiando cinco horas seguidas, necesitas tres cosas para superar la noche: tomarte el raspado de refresco de cola y de cereza más grande que puedas encontrar; ponerte esos pantalones de pijama lavados tantas veces que han quedado suaves como un pañuelo de papel, y, por último, hacer pausas para bailar. Montones de pausas para bailar. Cuando se te empiezan a cerrar los ojos y solo puedes pensar en irte a la cama, haz una pausa para bailar y conseguirás seguir adelante.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba estudiando para mi último examen final de primer curso en la Universidad de Finch. Había acampado en la biblioteca de mi residencia con mi nueva mejor amiga, Anika Johnson, y mi vieja mejor amiga, Taylor Jewel. Las vacaciones de verano estaban tan cerca que casi podía saborearlas. Solo cinco días más. Llevaba contando los días desde el mes de abril.

—¡Pregúntame! —ordenó Taylor con voz ronca.

Abrí la libreta en una página al azar.

—Define y compara *Anima* y *Animus*.

Taylor se mordisqueó el labio inferior.

—Dame una pista.

—Mmm... Piensa en latín —sugerí.

—¡No he estudiado latín! ¿Habrá preguntas de latín en el examen?

—No, solo intentaba darte una pista. Porque en latín, los nombres de chico terminan en *-us* y los de chica en *-a*, y *Anima* es el arquetipo femenino y *Animus* el arquetipo masculino. ¿Lo cachas?

Soltó un gran suspiro.

—No. Voy a reprobar.

Levantando la vista de sus apuntes, Anika comentó:

—Quizá si dejaras de enviar mensajes con el celular y empezaras a estudiar, no reprobarías.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Estoy ayudando a mi hermana mayor a planear nuestro brunch de fin de curso, por eso esta noche tengo que estar de guardia.

—¿De guardia? —Anika parecía divertida—. ¿Como los médicos?

—Sí, exactamente igual que un médico —espetó Taylor.

—Y bien, ¿qué serán, hot cakes o waffles?

—Pan francés, si tanto te interesa.

Estábamos en la clase de psicología de primero y Taylor y yo teníamos examen al día siguiente, mientras que Anika lo tenía un día más tarde. Anika era mi mejor amiga en la facultad, aparte de Taylor. Sabiendo lo competitiva que era Taylor por naturaleza, estaba más que celosa de nuestra amistad, aunque no lo admitiría ni en un millón de años.

Mi amistad con Anika era distinta de la que tenía con Taylor. Anika era tranquila y relajada y era fácil estar con ella. No te juzgaba. Más que nada, te dejaba espacio para ser diferente. No me conocía de toda la vida, así que no tenía expectativas ni ideas preconcebidas sobre mí. Eso me daba libertad. Y no se parecía a ninguna de mis amigas anteriores. Era de Nueva York, su padre era músico de jazz y su madre, escritora.

Un par de horas más tarde, el sol empezó a inundar la habitación de una luz azulada. A Taylor le colgaba la cabeza entre los hombros, mientras que Anika tenía la mirada perdida como un zombi.

Arrugué dos bolitas de papel y las arrojé a mis dos amigas.

—Pausa de baile —voceé a la vez que presionaba el play en mi computadora y me removía en la silla.

Anika me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque en solo unas horas todo habrá acabado —respondí dando una palmada.

No tenía el examen hasta la una y mi plan consistía en volver a mi habitación, dormir un par de horas y levantarme con tiempo de sobra para estudiar un poco más.

Me quedé dormida, pero incluso así me las arreglé para estudiar una hora más. No tuve tiempo de ir al comedor a desayunar, así que solo bebí un refresco de la máquina expendedora.

El examen fue tan difícil como cabía esperar, pero estaba bastante segura de que al menos conseguiría un ocho.

Taylor también creía que no reprobaría, menos mal. Las dos estábamos demasiado cansadas para celebrarlo, así que chocamos las palmas y nos fuimos cada una por su lado.

Volví a mi habitación dispuesta a perder el conocimiento al menos hasta la hora de la cena, y cuando abrí la puerta ahí estaba Jeremiah, dormido en mi cama. Cuando dormía parecía un niño pequeño, incluso aunque tuviera barba de tres días. Estaba tendido sobre mi colcha, con los pies colgando por el borde y mi oso polar de peluche abrazado contra el pecho.

Me quité los zapatos y me arrastré hasta él. Se movió, abrió los ojos y dijo:

—Hola.

—Hola —respondí.

—¿Cómo te fue?

—Bastante bien.

—Genial.

Soltó a *Junior Mint* y me abrazó.

—Te traje la mitad de mi bocadillo del almuerzo.

—Eres un sol —respondí, escondiendo la cara en su pecho.

Me besó el pelo.

—No permitiré que mi novia se salte las comidas a lo loco.

—Solo el desayuno —aduje y después de pensarlo un momento, añadí—: Y la comida.

—¿Quieres comértelo ahora? Está en mi mochila.

Lo consideré; estaba hambrienta, pero también cansada.

—Quizá más tarde —contesté cerrando los ojos.

Entonces se volvió a dormir y yo con él. Al despertar, había oscurecido, *Junior Mint* estaba en el suelo y Jeremiah me había rodeado con los brazos. Él aún dormía.

Habíamos empezado a salir justo antes del inicio de mi último año de prepa, aunque «salir» no parecía la palabra más adecuada. Simplemente habíamos acabado juntos. Sucedió tan de prisa y con tanta facilidad que me parecía que siempre había sido así. Un momento éramos amigos, al siguiente nos estábamos besando y antes de darme cuenta ya me estaba matriculando en la misma universidad que él. Me convencí a mí misma y a todos los demás (él incluido y especialmente mi madre) de que se trataba de una buena universidad, que encima estaba a pocas horas de distancia de casa. Todo era cierto. Pero la verdad era que deseaba estar junto a él. Quería tenerlo conmigo todas las estaciones, no solamente durante el verano.

Y aquí estábamos, tumbados uno al lado del otro en mi habitación de la residencia. Él era un estudiante de segundo año y yo estaba terminando el primer curso. Era de locos pensar lo lejos que habíamos llegado. Nos conocíamos de toda la vida y, por un lado, todo aquello me parecía sorprendente, aunque por otro, también lo sentía como algo que siempre supe que sucedería.

Capítulo dos

La fraternidad de Jeremiah había organizado una fiesta de fin de curso. En menos de una semana volveríamos a casa para disfrutar de las vacaciones y no regresaríamos a Finch hasta finales de agosto. El verano siempre había sido mi estación favorita, pero ahora que por fin volvía a casa la sensación era agridulce. Me había acostumbrado a ver a Jeremiah cada mañana en el comedor para desayunar y a lavar la ropa con él en la casa de la fraternidad por la noche. Se le daba bien doblar mis camisetas.

Ese verano volvería a pasarlo haciendo prácticas en la empresa de su padre y yo iba a trabajar de mesera en un restaurante familiar llamado Behrs, igual que el verano anterior. El plan era encontrarnos en la casa de Cousins tan a menudo como fuera posible. El verano anterior no lo habíamos conseguido ni una sola vez, los dos habíamos estado demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos. Yo había aceptado todos los turnos que me ofrecieron para ahorrar para la universidad y sentí un vacío en mi interior al saber que pasaría mi primer verano lejos de Cousins.

Aparecieron algunas luciérnagas. Empezaba a oscurecer y no hacía demasiado calor. Llevaba zapatos de tacón, lo que resultó ser una mala idea dado que, en un gesto impulsivo de última hora, había decidido caminar en vez de tomar el autobús. Supuse que sería la última vez en una buena temporada que cruzaría el campus en una noche tan bonita.

Había invitado a Anika y a nuestra amiga Shay a acompañarme, pero Anika tenía una fiesta con su grupo de danza y Shay ya había terminado los exámenes y se había marchado volando a casa, a Texas. La fraternidad de Taylor celebraba un coctel, así que ella tampoco iba a venir. Solo quedábamos mis adoloridos pies y yo.

Le envié un mensaje a Jeremiah para decirle que estaba en camino y que iba a pie, de modo que llegaría un poco tarde. Tenía que detenerme a menudo para ponerme bien los zapatos, que no paraban de clavárseme en los talones. Definitivamente, los tacones eran una estupidez.

A mitad de camino me lo encontré sentado en mi banco preferido. Al verme se puso de pie.

—¡Sorpresa!

—No hacía falta que vinieras a buscarme —dije yo, feliz de que lo hubiera hecho. Me senté en el banco.

—Estás guapísima.

Incluso ahora, después de dos años juntos, todavía me sonrojaba un poco cuando decía cosas así.

—Gracias —le contesté. Llevaba un vestido de tirantes que me había prestado Anika. Era blanco, con diminutas flores azules y pliegues.

—Me recuerda a *La novicia rebelde*, pero en plan sexy.

—Gracias —repetí. ¿El vestido hacía que me pareciera a *Fräulein* María? No sonaba muy bien. Alisé un poco los pliegues del vestido.

Un par de chicos a los que no conocía se detuvieron para saludar a Jeremiah, pero yo me quedé en el banco descansando los pies.

Cuando se marcharon, me preguntó:

—¿Lista?

Solté un gruñido.

—Mis pies me están matando. Los zapatos de tacón son una estupidez.

Jeremiah se agachó y dijo:

—Súbete, nena.

Riendo como una boba, me subí a su espalda. Siempre reía cuando me llamaba «nena». No podía evitarlo, Jeremiah era muy gracioso.

Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿El lunes viene tu padre? —me preguntó mientras cruzábamos el césped.

—Sí. Nos ayudarás, ¿no?

—¡Mira nomás! Además de remolcarte por medio campus, ¿también tengo que ayudarte con la mudanza?

Le di una palmada en la cabeza que consiguió eludir.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió.

Le hice una trompetilla en el cuello y soltó un aullido de niño pequeño. No dejé de reírme en todo el trayecto.

Capítulo tres

Cuando llegamos a la sede de la fraternidad de Jeremiah, las puertas estaban abiertas de par en par y había mucha gente en el césped de la entrada. De todas partes colgaban farolitos de colores. Tres albercas infantiles inflables se habían instalado a modo de jacuzzi. Los chicos se perseguían unos a otros con pistolas de agua llenas de cerveza. Algunas de las chicas iban en bikini.

Bajé de un salto de la espalda de Jeremiah y me quité los zapatos.

—Los novatos hicieron un buen trabajo —comentó Jeremiah, mirando satisfecho en dirección a las albercas inflables—. ¿Traes traje de baño?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que pregunte a las chicas si tienen uno de sobra? —sugirió.

—No, gracias —respondí apresuradamente.

Conocía a algunos de los miembros de la fraternidad de Jeremiah porque pasaba bastante tiempo con él, pero no a las chicas. La mayoría eran de Zeta Pi, la fraternidad femenina

hermanada con la de Jeremiah. Eso significaba que celebraban juntos cocteles, fiestas y ese tipo de cosas. Jeremiah había querido que me presentara a las pruebas de acceso a Zeta Pi, pero me negué. Le dije que no podía permitirme las cuotas y el costo extra de vivir en una fraternidad, pero en realidad era porque deseaba relacionarme con todo tipo de chicas, no solo las que pertenecían a la misma fraternidad. Quería una «experiencia universitaria más amplia», como siempre decía mi madre. Según Taylor, Zeta Pi era para fiesteras y chicas fáciles, al contrario que la suya, que en teoría era más exclusiva y tenía más clase. Y además estaba mucho más volcada en temas de trabajo comunitario, según ella.

No paraban de venir chicas a decir hola y a abrazar a Jeremiah. A mí también me saludaban y yo les devolvía el saludo. Subí a dejar mi bolsa en su habitación. Mientras bajaba la escalera de regreso, la vi.

Lacie Barone, enfundada en unos jeans ajustados, una blusa de tirantes de seda y unos tacones de marca de cuero rojo que como mucho conseguían que llegara al metro sesenta de altura, estaba hablando con Jeremiah. Lacie era la relaciones públicas de Zeta Pi y estaba en tercero, así que era un año mayor que Jeremiah y dos mayor que yo. Tenía el pelo de un castaño oscuro, que lucía en una media melena estilizada, y era muy delgada. Estaba, en opinión de cualquier chico, muy buena. Según Taylor, Jeremiah le gustaba. Le dije a Taylor que me daba igual y lo dije en serio. ¿Por qué iba a importarme?

Claro que Jeremiah les gustaba a las chicas. Era exactamente el tipo de hombre que les gustaba. Pero incluso una chica tan guapa como Lacie no tenía nada que hacer. Nuestra relación había tomado forma a lo largo de años y más años.

Yo lo conocía mejor que nadie, igual que él a mí, y sabía que Jere nunca se fijaría en otra.

Jeremiah me vio y me hizo un gesto para que me acercara. Fui hasta ellos y saludé a Lacie.

—Hola —respondió.

Arrimándome a él, Jeremiah comentó:

—Lacie se va a estudiar a París en otoño.

A Lacie le explicó:

—Nosotros queremos viajar por Europa en plan mochilero el próximo verano.

Sorbiendo su cerveza, Lacie comentó:

—Qué padre. ¿Por qué países?

—Francia seguro —prosiguió Jeremiah—. Belly habla un francés muy fluido.

—No es verdad —aclaré, azorada—. Solo tengo un nivel básico.

—Yo también soy terrible. Solo quiero ir para comer montones de queso y chocolate.

Tenía una voz sorprendentemente ronca para ser tan diminuta. Me pregunté si fumaría. Me sonrió y pensé que Taylor se equivocaba con ella, era una chica simpática.

Cuando se marchó por una bebida unos minutos después, comenté:

—Es agradable.

Jeremiah se encogió de hombros y respondió:

—Sí, me cae bien. ¿Quieres algo de beber?

—De acuerdo —contesté.

Me tomó por los hombros y me condujo hasta el sofá.

—Quédate aquí sentada. No muevas ni un músculo. Vuelvo en seguida.

Lo estuve observando mientras se abría paso entre el gentío, orgullosa de que fuera mío. Mi novio, mi Jeremiah. El primer chico junto al que había dormido. El primero al que le había hablado sobre el día en que sorprendí por accidente a mis padres haciéndolo. El primero en salir a comprarme ibuprofeno para aliviar mis dolores menstruales, el primero en pintarme las uñas de los pies, en sujetarme el pelo mientras vomitaba una vez que me emborraché delante de sus amigos, el primero en escribirme una nota romántica en el pizarrón que colgaba de la puerta de mi habitación.

Eres la leche de mi licuado, por siempre jamás, con amor, J.

Fue el primer chico al que besé. Era mi mejor amigo. Cada vez lo comprendía mejor. Así era como tenía que ser. Él era el único para mí.